

haber registrado por espacio de veinte días todo el Mediterráneo.

Apenas anclados los buques procedióse con gran precipitación al desembarque de tropas. Una orden del día del general Bonaparte decía (1): «Soldados: Dais á Inglaterra un tremendo golpe, antes de que ella pueda daros el golpe mortal. Tenemos algunas marchas fatigosas que hacer y muchas batallas que dar; pero en todas partes venceremos porque los hados nos son favorables. Los beyes mamelucos que protegen exclusivamente al comercio inglés y han cubierto de ignominia á nuestros comerciantes, tiranizando al mismo tiempo á los habitantes de las orillas del Nilo, dejarán de existir pocos días despues de nuestra llegada.» Este lenguaje era el de un

hombre embriagado con sus ilusiones, y él mismo confesó, algunos años despues, á madama Remusat, que en Egipto se habia sentido con mas valor que en ninguna otra parte, antes ni despues de aquella campaña. Libre de las trabas de una civilizacion estrecha, soñaba las cosas mas temerarias y consideraba posible cuanto soñaba: «Yo me figuré ser el creador de una religion; me ví camino del Asia montado en un elefante, con un turbante en la cabeza y llevando en la mano un nuevo Alcoran por mí mismo redactado. En mis empresas habia reunido la experiencia de dos mundos; me miraba como el heredero universal de toda la historia; destruia el poder de Inglaterra en la India y con esta conquista enlazaba nuevamente mis comunicaciones con la antigua



«Soldados, desde lo alto de las Pirámides cuarenta siglos os contemplan!»

Europa.» En un principio, todo marchó perfectamente: al primer ataque estaba conquistada Alejandría. En la marcha que desde allí y siguiendo las orillas del Nilo emprendieron los franceses hácia el Cairo, tuvieron que sufrir los rigores del calor, del hambre y de la sed: pero ni estos ni los ataques de los árabes y mamelucos impidieron que la expedicion se llevara á cabo. En un brillante combate librado en 21 de julio en las cercanías de Embabeh, combate que Bonaparte bautizó con el pomposo nombre de «batalla de las Pirámides,» quedaron deshechas las fuerzas principales de los mamelucos y conquistada la entrada en el Cairo. El bey mameluco allí derrotado, Murad, se retiró al Alto Egipto, y otro bey, llamado Ibrahim, consiguió reunir en los límites del desierto de Siria grandes fuerzas, con las cuales atacó repetidas veces á los franceses hasta las cercanías del Cairo. Bonaparte le derrotó en 10 de agosto en Salheyeh, obligándole á evacuar el Egipto. A su regreso al Cairo, recibió Bonaparte un correo portador de dos noticias, una de Paris anuncián-

(1) *Corresp.*, IV, págs. 482-483.

dole que el Directorio habia dado, en 22 floreal, un nuevo golpe de Estado, y otra de Alejandría, que le participaba haber quedado destrozada su escuadra de guerra en el combate naval de Abukir (2).

Ya en 3 de julio habia ordenado verbalmente desde Alejandría al jefe de su escuadra, el almirante Brueys (3): «Mañana participará el almirante al general en jefe, por medio de una nota, si la escuadra ha penetrado en el puerto de Alejandría ó si se encuentra en la rada de Abukir, y si, en este caso, puede defenderse contra una escuadra enemiga de superiores fuerzas. Si no ha podido llegar á Alejandría ni puede sostenerse en Abukir, se hará á la vela en direccion á Corfú, despues de haber dejado en tierra los cañones de los buques Dubois, Causse, Diana, Juno, Alceste y Artemisa; dejará además las embarcaciones ligeras y las fragatas que sirven como trasportes y todo lo necesario para su armamento.» El almirante Brueys, sin embargo, ni entró en el

(2) *Mémoires de Marmont*, I, pág. 372.

(3) *Corresp.*, IV, pág. 196.

puerto de Alejandría, á pesar del buen resultado de las sondas practicadas en aquellas aguas (1), ni se hizo á la vela en direccion á Corfú, sino que permaneció en la rada de Abukir, donde se consumió su ruina (1.º de agosto).

En la tarde del día 1.º de agosto presentóse el almirante Horacio Nelson, con 14 navíos de línea y dos bergantines (2) de la escuadra inglesa, delante de la rada de Abukir, encontrando allí anclada toda la escuadra francesa preparada para la lucha, pero únicamente por la parte del mar. La larga Odisea de que le habian hecho héroe las semanas de persecucion del enemigo, habia puesto á Nelson en un verdadero estado de excitacion febril: «Mañana, dijo á sus oficiales antes de comenzar la batalla, ó tendré un título de par ó una

tumba en Westminster,» é inmediatamente dió comienzo á la maniobra mas atrevida que jamás se ha intentado en el mar. Envió seis navíos de línea para que se interpusieran entre la playa y el extremo de la línea de batalla del enemigo, con el objeto de atacar á este por la espalda; uno de los buques, el *Cullade*, se estrelló en un banco que todavía lleva su nombre; pero los otros cinco llegaron felizmente á su destino y atacaron el ala izquierda del enemigo por la espalda, mientras Nelson con los ocho navíos restantes le embestia de frente. El hecho de haberse conseguido desde el principio de la lucha llevar á cabo felizmente aquella maniobra fué lo que decidió el éxito de todo el combate. Lo que siguió despues fué una terrible y estrepitosa lucha que se pro-



Carga de los mamelucos en la batalla de las Pirámides

longó toda la noche y durante la cual los buques franceses, desarbolados y desarmados uno tras otro, tuvieron que arriar el pabellon. Brueys fué partido en dos por una bala de cañon y el navío almirante, *Oriente*, voló hecho pedazos. Cuando despuntó el día hizose á la mar el contra-almirante Ville-neuve con dos navíos de línea y dos fragatas, únicos restos de la escuadra francesa. Nelson, que al principio del combate habia recibido una grave herida en la frente, consiguió una de las victorias navales mas decisivas de que habla la historia.

Lo mas selecto de las tropas francesas y de sus generales, conducidos por el caudillo mas eminente de Francia, encontraron cortadas sus comunicaciones con la patria por espacio de meses, quizás para siempre, en el momento en que se preparaba una nueva conflagracion universal. La toma de Malta

(1) Véanse las detalladas observaciones de Huffer, (II, pág. 101, nota), que tomó los datos de la propia relacion de Brueys (*Corresp. inédite. Egypte*, I).

(2) *Memoria de Ganteaume. Corresp. inédite. Egypte*, I, pág. 436. Véase además Huffer, II, pág. 102, y Sybel, V, pág. 160.

y del Bajo Egipto decidieron al emperador Pablo de Rusia y al Gran Turco á declarar la guerra á Francia, y el combate naval de Abukir privaba á esta del único héroe capaz de hacer frente á la tempestad.

## CAPITULO VII

### GUERRA UNIVERSAL DE 1799 Y GOLPE DE ESTADO DEL 18 BRUMARIO

Despues del triste espectáculo que ofrece la impericia del hombre de tierra en medio de un mar tempestuoso, no hay otro mas digno de lástima que el de un marino condenado, en tierra firme, á ponerse al frente de la alta política. El ministro inglés que envió á Nápoles al vencedor en Abukir para excitar á aquella corte á declarar la guerra á Francia, cometió una torpeza cuya magnitud no habia imaginado.

Desde el 6 de octubre de 1759 llamábase rey de Nápoles aquel Fernando IV á quien habia dejado allí su padre Carlos III cuando se dirigió á Madrid para ceñirse la corona

de España (1). Fernando contaba entonces ocho años y estaba bajo la tutela de un esclarecido ministro, el erudito reformador Tanucci, de cuya notable administración hemos hablado en otro lugar (2). En 12 de mayo de 1768 habíase casado con una hija de María Teresa, la archiduquesa María Carolina, que contaba quince años y que ejerció sobre él eterna tutela, pues el destino de aquel rey fué ser siempre menor de edad en todas las épocas y ocasiones de su vida.

En efecto, Fernando, el más infeliz de todos los monarcas, carecía de inteligencia y de corazón; su cabeza estaba vacía de todo conocimiento, y sus sentimientos revelaban gran dureza y perversidad. Era un hombre de costumbres e ideas plebeyas, pero sin un átomo de aquella bondad que se en-



Murad-Bey

cuentra aun en las últimas capas sociales. En virtud de una antigua costumbre, la reina de Nápoles, desde el momento en que daba a luz un hijo, tenía el derecho de asistir a las sesiones del Consejo de Estado. María Carolina (3), que a su talento y a su temperamento fogoso unía una ambición extraordinaria, apenas tuvo necesidad del privilegio que el nacimiento de un hijo le daba para dominar desde luego al rey, a la corte, y sobre todo al Estado. A la influencia española sucedió la austriaca y Tanucci fué reemplazado por un inglés que había nacido en Besançon, llamado John Acton, el cual, haciéndose el indispensable para la marina, supo elevarse a ministro omnipotente. Cuando estalló la Revolución francesa, y las peligrosas doctrinas de los derechos del hombre fueron introducidas y propagadas en Nápoles, la reina, con ardor jacobínico y fanático, comenzó una lucha en el interior y una insensata política guerrera en el exterior, que debía ser su ruina, la de su familia y de su país. Que esta lucha era puramente personal lo demuestran las cartas que escribió a su hija María Teresa, esposa del emperador Francisco II (4).

(1) F. II.

(2) F. II.

(3) Huffer, II, pág. 111.

(4) Véanse los extractos en Huffer, II, pág. 117.

Todas ellas respiran la indecible angustia que en ella producía la idea de la Revolución, y sobre todo la de la política militar de los franceses que habían hecho a su yerno, el emperador, cómplice de los delitos por la Francia cometidos con la esclavitud de Italia y el despojo de la Iglesia, y que se encaminaban a perpetrar el mismo atentado contra Nápoles el día en que la República romana se extendiera como una barra transversal de mar a mar delante de las fronteras septentrionales del reino de las Dos Sicilias. Carolina escribía desesperada: «Nuestra situación es horrible; el soborno se ejerce públicamente; cada día llegan generales, oficiales y soldados; en Benevento y Pontecorvo (enclavados en los Estados de la Iglesia), y en el corazón mismo de nuestros Estados se quieren plantar árboles de la libertad; hace seis meses que fragatas y corbetas sondan todos los puertos del mar Adriático; diariamente se ven ingenieros que dibujan nuestras posiciones; pordioseros fingidos recorren el país. Al propio tiempo, los franceses se llaman amigos nuestros, y esto es lo peor, porque nos priva de tomar las medidas energéticas oportunas y nos expone al peligro de verles entrar, sin saberlo, por nuestro reino y llegar en tres ó cuatro días de marcha a la capital (23 de febrero).» María Carolina respiró cuando, en 19 de marzo de 1798, el emperador consintió en firmar una alianza en virtud de la cual se obligaba a tener en Italia y en el Tirol sesenta mil hombres, con los cuales podía contarse para resistir cualquier ataque enemigo; y se alborotó como un niño y sintió la alegría de un ébrio cuando en 3 de setiembre el capitán Caper llevó a Nápoles la noticia de la victoria naval de Abukir. El júbilo de la reina al recibir esta nueva lo describe de la siguiente manera una carta que recibió Nelson: «¿Cómo podré expresarte los trasportes de alegría de la reina? Es imposible. Gritaba, besaba a su esposo y a su hijo, daba vueltas por la habitación como si se sintiese embriagada; alborotaba, besaba y abrazaba a cuantos tenía cerca y exclamaba: ¡Oh valiente Nelson! ¡Dios bendiga y nos conserve a nuestro libertador! ¡Oh vencedor! ¡Salvador de Italia! ¡Que mi corazón pueda decirte cuán agradecidos te estamos (5)!» La que así escribía era la amiga íntima de la reina, lady Emma Hamilton, mujer de belleza por todo el mundo celebrada que después de haber cautivado y arruinado como amiga a muchos hombres, se había casado con su primo Guillermo Hamilton, embajador inglés en Nápoles, que tenía sesenta años y estaba a punto de quebrar, siendo desde entonces introducida en la corte, en donde pronto tomó carta de naturaleza (6).

A aquella descripción correspondió la acogida personal que se había preparado a Nelson cuando, en 22 de setiembre, entró en el puerto a bordo del *Vanguard*. En una carta dirigida a su mujer, decía el almirante que sir Guillermo y lady Hamilton le habían salido a recibir con una verdadera escuadra de embarcaciones magníficamente adornadas. «Mis nobles amigos llegaron al buque. Lady Hamilton se lanzó hacia mí y exclamando: ¡Oh Dios, es posible! cayó mas muerta que viva en mis brazos. Las lágrimas la habían desahogado cuando llegó el rey. La escena fué interesante a su manera: el monarca me tomó la mano y me llamó su libertador y protector. Todo Nápoles me llama *nostro liberatore*. La manera que tuvieron de saludarme las clases bajas fué conmovedora.» Desde aquel momento, la ciudad de Nápoles se entregó al júbilo y a los festejos como si los protegidos del vencedor de Abukir no hubieran ya de temer otros peligros ni otros enemigos en este mundo. Nelson fué conducido desde el buque almirante a la casa de Hamilton, donde fué

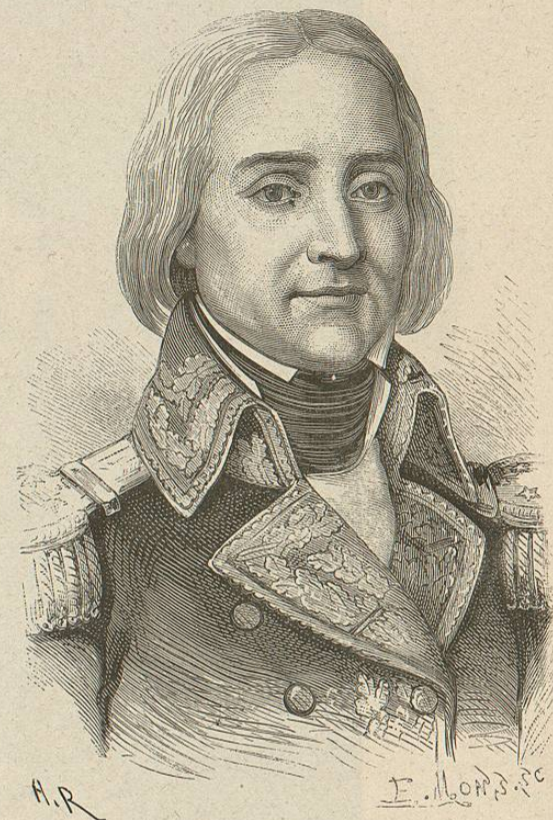
(5) Nelson: *Dispatches and Letters*, III, pág. 125.(6) Acerca de la historia de su vida, véase Helfert: *María Carolina de Austria, reina de Nápoles y de Sicilia*. Viena, 1884, pág. 119.

objeto de una hospitalidad a cuyos enervadores halagos succumbió sin resistencia, hasta el punto de que sus mismas cartas oficiales parecen gemidos de un pastor enamorado. En 4 de octubre escribía al almirante conde de San Vicente: «Mientras escribo tengo sentada delante de mí a lady Hamilton, y por esto no os admirará la celestial confusión de esta carta. Si estuviérais sentado en mi lugar, casi podría yo dudar de que ni aun de este modo escribiérais. Nuestros corazones y nuestras manos están por completo enlazados. Nápoles es un lugar peligroso y hay que buscar la manera de salir de aquí (1).» A los placeres de que se disfrutaba en la casa de Hamilton uniéronse las embriagadoras fiestas (como la gran fiesta nacional que en 29 de setiembre conmemoró el aniversario de su natalicio) propias para sumergirle en aquel letargo del cual no puede despertar una naturaleza viril sin sentirse horrorizada de sí misma. El ardor que mostró Nelson para inducir al rey y a la reina a que declararan la guerra a Francia fué, a los ojos de los Hamilton y a los del gabinete de Saint James, un servicio patriótico digno de recompensa: Nelson creyó efectivamente servir a la buena causa de su patria; pero una parte importante de la alucinación que le hizo pasar por encima de los más rudimentarios preceptos de la diplomacia y olvidar todo cálculo de tiempo y lugar, y todo estudio de los hombres y de las cosas, debe atribuirse al estrépito de las fiestas y a la embriaguez del amor, que llevaron la confusión mas espantosa a la cabeza de aquel valiente marino, desconocedor de las cosas de tierra firme. Thugut no sentía menores temores ante la precipitación que veía en aquella corte apasionada é irreflexiva, pues era fácil prever que «atribuiría a traición y deslealtad, y lloraría y lamentaría lo que en último resultado no sería mas que el efecto necesario de sus torpezas (2).» Esto era precisamente lo que se había propuesto Inglaterra para atraer a la guerra al propio emperador, que ó tendría que dejarse arrastrar por el reino de Nápoles vencedor ó se vería en la necesidad de prestar sus auxilios militares a un vencido.

Únicamente el deseo de hacer la guerra a toda costa que animaba a Nelson podía inspirarle ilusiones acerca del general Mack y prescindir de la circunstancia decisiva de que Thugut se negara terminantemente a apoyar ninguna guerra ofensiva y de que se le manifestara desde Lóndres la imposibilidad de pagar subsidios. Engañarse respecto del general Mack era una cosa imperdonable. Un hombre de acción, como era Nelson, no suele carecer del don de conocer a los hombres, tan necesario para saber adivinar si alguno está ó no dotado de energía. En un principio Nelson había juzgado exactamente a Mack, cuando escribía: «El general Mack es incapaz de moverse si materialmente no se le arrastra. Yo sé lo que de él pienso, ¡Dios quiera que me equivoque!» Pero apenas hubo comido, en 11 de octubre, con él en Caserta, en el palacio de la reina, cuando cambió por completo de opinión y escribió: «Mack es activo, sus ojos denotan talento, y no dudo que se portará valerosamente (3).» ¿De qué procedía este cambio? Seguramente de la promesa que Mack fué bastante débil para hacer, de que «en diez días se pondría en marcha,» cuando por un documento debido a su propia pluma sabemos que le horrorizaba en extremo el tener que emprender precipitadamente una lucha y buscaba todos los pretextos imaginables para conseguir un aplazamiento (4).

(1) *Disp.*, III, pág. 144.(2) A Colloredo, 3 de octubre de 1798. *Cartas íntimas*, II, página 124.(3) Nelson: *Disp.*, III, pág. 148.(4) *Explicaciones sobre mi llegada y mi permanencia en Caserta, hasta la declaración de la guerra*. Dijon, 30 de junio de 1799. Fn

La corte de Nápoles había pedido a la de Viena que para la expedición a Roma le dejara al general Mack, antiguo jefe de estado mayor del feld-mariscal Lacy, porque le consideraba como el general de mas talento del ejército austriaco; y Thugut había accedido gustoso a esta petición, porque así se desembarazaba de un hombre a quien tenía por un presuntuoso charlatan y por un enemigo intrigante (5). Los hechos militares del general Mack demostraron que no se necesitaban mucho ingenio ni mucha ciencia en el ejército austriaco de aquel tiempo para alcanzar fama de genio guerrero. Cuando llegó, en 9 de octubre, a Caserta, recibióle el rey, la reina y el ministro Acton y le manifestaron que cuarenta mil napolitanos estaban dispuestos a ponerse en



El almirante Brueys

marcha y que no había otro medio de salvación sino anticiparse al enemigo, añadiendo que si hubiese tardado dos días mas en llegar, el rey hubiera comenzado sin él la campaña. La reina desvaneció los temores que manifestó el general diciéndole: «Creedme, debemos tomar la iniciativa, porque el emperador está demasiado ligado por sus relaciones con el imperio alemán y tiene que esperar la declaración de guerra; pero los franceses no la harán hasta que nos hayan devorado.» Acton por su parte dispuso las últimas dudas del general, que esperaba instrucciones de Viena, con la siguiente manifestación: «Nos escriben de Viena diciéndonos: ¡Apresuraos, apresuraos!» Esto y una carta particular de Baptist, secretario de la embajada napolitana en Viena, en la cual se decía que en el cantón de los Grisones había comenzado ya la lucha entre franceses y austriacos, hicieron inclinar la balanza en favor de la guerra. Mack, confiado en unos datos que, como hoy sabemos, eran completamente imaginarios, atravesó en 23 de noviembre (6) las fronteras de la Repúbli-

Bivenot: *Para la historia del Congreso de Rastadt*. Viena, 1871, página LXXXIII.

(5) Bivenot, pág. LXXIX.

(6) Huffer, II, pág. 151, nota.